

EL MOTÍN

Año XLIV

Madrid, Sábado 17 de Mayo de 1924.

Número 20.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	ULTRAMAR Y EXTRANJERO
Trimestre.. 1,50 Ptas.	Año..... 10,00 Ptas.
Semestre.. 3,00 "	
Año..... 6,00 "	
CORRESPONSALES	
25 números. 1,50 Ptas.	
El pago de las suscripciones es adelantado.	
Número suelto, 10 cts.	

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir gratis el ejemplar que se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Alberto Aguilera, núm. 52.-MADRID.

De jueves á jueves

Durante los últimos días se ha combatido vivamente en la zona oriental de Marruecos. Los informes oficiales dicen que el mando está satisfecho del resultado de las operaciones y que nuestras bajas son reducidas para el castigo que se ha infligido al adversario.

Ha sido nombrado comandante general de Melilla el general Sanjujo, que el domingo partió á tomar posesión de su nuevo cargo.

Los Reyes y el Presidente del Directorio están en Barcelona y visitarán otras poblaciones catalanas.

A esto se reducen los rasgos que consignar por lo que hace á España. En cuanto al extranjero, merece la pena de recoger el triunfo decisivo de las izquierdas en las elecciones celebradas en Francia.

Un diálogo falso

QUE PODRÍA SER VERDADERO

—Necesito, señor Nuncio, de sus consejos.

—¿Usted?

—Yo, señor Nuncio. Usted no desconoce los disturbios que ha promovido la cuestión de las comunidades religiosas. En los teatros, con motivo de un drama que escribió un insigne maestro, estallaron voces y aplausos y se hizo tocar *La Marsellesa* y el *Himno de Riego*; en casi todas las ciudades se celebraron ruidosos mítins, y en algunas, en Madrid mismo hubo contra casas de religión intentos de asalto. Como yo vine al poder en medio de tanta efervescencia, me instaba que decretase algo contra esas comunidades, que á la verdad han invadido de una manera un tanto escandalosa nuestro territorio. ¿Qué puedo hacer yo que no desagrade á León XIII?

—Nada, señor presidente, nada. Usted tiene sobrados medios para la defensa de las Ordenes.

—¿Recuerda usted lo que sucedió en los años 1834 y 1835?

—Eran otros tiempos.

—Y, ¿entonces?

—Entonces, señor presidente, el pueblo se interesaba en estas cuestiones; hoy mira con igual desdén la religión y la política; sólo se preocupa con sus cajas de resistencia, su jornada de ocho horas y el aumento de sus salarios. Para él son frailes todos los que no viven de su personal trabajo.

—Es, sin embargo, el pueblo el que grita en los teatros y concurre á los mítins.

—No le espante. Dé usted tiempo. La efervescencia en vez de aumentar se va extinguendo. Unos meses más y dejará el pueblo tranquilas á las comunidades, una de las milicias de la Iglesia.

—¿Me declaro entonces defensor de las órdenes?

—No; escútese usted con que tiene negociaciones pendientes en la curia de Roma y espera usted una solución satisfactoria. A los que molesten remítalos al Nuncio.

—Pero, ¿es que usted cree que el Papa no concederá algo en atención á las críticas circunstancias porque el reino pasa?

—El Papa no puede consentir que se disuelvan ni se amengüen congregaciones en parte autorizadas por el Concordato, en parte por el Estado.

—Por tres veces se han suprimido aquí en el pasado siglo, y suprimidas quedarán.

—A la fuerza ahorcan, señor presidente. Usted no ignora que las potencias de Europa se prestaron á reconocer la restauración de los Borbones

mediante el respeto á todos los cultos, y el Papa mediante la unidad estática. Las Cortes, á fin de conciliar las dos opuestas pretensiones, declararon religión del Estado la católica apostólica romana, y establecieron la tolerancia religiosa. Nada puede hacer España contra las instituciones del catolicismo. Porque esto se pactó, y se guarda, pudo el Papa enfrenar al partido de don Carlos. Le quitó la bandera religiosa y recomendó la obediencia de todos los españoles á la regente. No la aconsejaría si mañana viese que se restablecían las leyes de Mendizábal.

—Algo se ha de hacer, sin embargo.

—Una voz detrás de la cortina: No, señor presidente; nos va en que permanezcamos quietos el interés y el porvenir de la familia.

F. PÍ Y MARGALL

Cómo se hacen los malos

La denominación de buenos y malos que hace el mundo es muy ilógica y falta de base. Hemos creado cierta especie de patrones ó moldes para la bondad y la virtud, y el que no puede quedar encasillado dentro de ellos ó rechaza la etiqueta que nuestros prejuicios han forjado, lo rechazamos con desprecio y le volvemos el rostro con indignación.

Se apartan del modelo tipo que ha elegido la sociedad: no tienen, pues, derecho á nuestro apoyo ni á nuestra consideración. Pero falta saber una cosa. Aquel patrón ó molde en el que nos esforzamos por incluirles, ¿es ciertamente el honrado, el digno, el verdaderamente moral y virtuoso? ¿Cómo podremos saberlo? La respuesta es más difícil de lo que parece. Porque para formularla debidamente habríamos de estar en posesión de unas reglas fijas, inmutables, sancionadas por un acuerdo universal. ¿Sucede esto así?

Se nos dirá que la ley natural y ciertos principios innatos que todos llevamos en la conciencia, son los que han suministrado la materia prima para establecer la moral y la religión. Pero no es así.

Lo mismo que sucede con la belleza sucede con la moral. Cada uno la entiende á su manera, y la Historia y la experiencia nos demuestran que hay pueblos donde se considera immoral lo que en otros lícitos, y virtudes y

bondades ensalzadas por unos y rechazadas por otros como cosa absurda, ridícula y vitanda. Es decir, que predomina aquí un criterio muy subjetivo, muy limitado, dependiente hasta de la latitud geográfica, demostrando así que las cosas son como se las considera que son, y que el bueno para unos es malvado para otros, como sucede en política, en arte y en el trato social de cada día, teniendo una virtud y una moral que sube y baja como el termómetro á impulso de las circunstancias, de los que mandan y hasta de la moda y costumbres dominantes.

Tenemos, pues, un flujo y reflujo de bondad, buenos y malos por capricho, porque así nos conviene ó porque así lo demanda la necesidad del momento.

Pues así como fabricamos buenos y modelos de virtud, creamos malos y seres perversos. Una palabra, una insinuación, un gesto, un interés particular bastan para derrocar una reputación, y para tirar por tierra la reputación mejor cimentada. La virtud como la maldad no está en nosotros, está en el criterio y en la apreciación de los demás. Del resto se encarga la maldicia humana, y la bola de nieve va creciendo hasta transformarse en montaña. Los malos se hacen con una facilidad pasmosa, no hay más que quererlo, prescindiendo de sus actos, despreciando sus protestas, y cuidando de que no se interrumpa la circulación de la calumnia. Todo el que no está con nosotros, está contra nosotros, y á éste hay que negarle todas las buenas cualidades. Así se procede y así se fabrica la virtud ó el vicio.

F. G.

SITIADOS

El Presidente del Directorio Militar pronunció hace días en Bilbao palabras que quieren demostrar su fe liberal. Dijo, entre otras cosas: «Tengo el honor de ser uno de los descendientes y llevar el mismo bastón que uno de aquellos generales que derramaron su sangre en estos sitios en defensa de la causa de la libertad.» Esto supone, no sólo que el general que luchó entonces lo hizo por un ideal altísimo, sino que es motivo de orgullo el haberlo hecho y hasta el descender de quien lo hizo. Lo cual no obsta para desear una noble pugna con los actos del ascendiente encaminada á superarlos, y si esto no es posible, á imitarlos. No es preciso para ello exponer como antaño la vida. Basta con arriesgar la tranquilidad, decidiéndose á dar una batalla en la cual más que temeridades hay que derrochar cálculo y constancia. Es la batalla contra el egoísmo y la captación que desarrollan ciertas sociedades pseudo religiosas.

Agrupaciones regulares de todas

clases, sociedades sedicentes piadosas, círculos de un misticismo político pedagógico propicio á todas las maniobras, están entonteciendo y explotando á España. Para sacar dinero no vacilan en adoptar los medios más indelicados y burdos. Si se trata de construir una iglesia y ven agotadas las listas de donantes, inventan las inscripciones en las piedras y ladrillos donde constarán los nombres de las personas generosas. Se adueñan de todo, entran en todas partes, tienen un aire de triunfo y desafío. Ahora mismo se está celebrando en el Palacio de la Biblioteca Nacional una Exposición en la que se muestran los trabajos de algunos colegios y centros católicos. En un edificio del Estado no debe haber espectáculos ni propagandas de esta clase que indiquen preferencias ó protecciones de cierta índole.

Pero el colmo de la osadía y de la perfección del procedimiento está reflejado en un cartel que acaba de llegar á nuestras manos. Se solicita en él dinero para levantar un templo en Barcelona. El *Padre* firmante de la petición se dirige á los niños buenos, que supongo, acaso infundadamente, que serán los ricos. Tras varias consideraciones les invita al sacrificio económico, y para que se animen más y surja el estímulo y la porfía entre los niños de las distintas provincias, decide que se convierta el certamen en un *nuevo y original partido de fútbol*. Por cada envío de cien pesetas la pelota avanza un paso, y al llegar al paso número 25 se hace *goal*. La cuestión es saber quién ó quiénes desean hacer *goal* antes. Nosotros ya lo sabemos: los recaudadores.

Se apoderan de la enseñanza, de la Prensa, del hogar... Se apoderan de todo.

ABRAHAM POLANCO

De El Mercantil Valenciano.

El eterno fracaso

EN TORNO DEL CONGRESO DE EDUCACION CATOLICA

No quise ser ave de mal agüero proyectando sombras sobre el finido Congreso cuando se hallaba en plena celebración.

No queremos hacernos eco de las humanas pequeñeces que le precedieron y le acompañaron: unas instituciones religiosas contra otras; la eterna intriga de una de ellas, que con malas artes quiso ofuscar á todas las demás; las personales ambiciones de promotores y organizadores; la escasa concurrencia á las secciones; la cerrazón de la sección de Estudios eclesiásticos, adonde se nos prohibió indebidamente la entrada á los teólogos y canonistas seculares, sin duda para que no fué-

ramos testigos de las vergonzosas deficiencias de la enseñanza eclesiástica y de la pobreza intelectual de ponentes y concurrentes; la desorientación de las conclusiones presentadas y aprobadas, principalmente las relativas á la instrucción en los cuarteles, que tan injuriosas resultan para el cultísimo clero castrense... Y menos todavía queremos hacer resaltar la nota desfavorable de los prelados que más activamente intervinieron en él. Se exhibieron y dieron á conocer grandes elementos aprovechables, y sería obra ímproba querer empujearlos lo que podría y debería ser una gran cosa en beneficio de la legítima cultura racional.

Sin embargo, aunque ello pertenece á ese género de humanas pequeñeces, no podemos olvidar la pésima impresión sintomática que nos produjo el primer día inaugural. Por la mañana hubo gran misa pontifical para implorar del cielo luces abundantes para acertar en los trabajos del Congreso; por la tarde, primera sesión pública en el Teatro Real. Y, efectivamente, la catedral estuvo vacía; nuestros católicos oficiales no necesitan luces del cielo; esas nos hacen falta solamente á los desdichados católicos que tenemos el mal gusto de seguir las huellas de sinceridad y simplicidad dejadas sobre este mundo por el Divino Maestro. En cambio, el Teatro Real estuvo lleno y brillante; así es nuestro catolicismo oficial: teatralidad, pura teatralidad; fondo cristiano ninguno, pero exhibición hasta el desbordamiento; la menor dosis de catolicidad y la máxima de oficialidad; pedidles un sacrificio á esos católicos, dándoles seguridades de que sólo han de aprovecharles en la otra vida, y seguramente... ¡quedaréis burlados!

La nota particularísima de ese Congreso, su única razón de ser enfrente de cualquier otro Congreso de educación ó con exclusión de cualesquiera otros educadores que no sean á él adheridos, ha sido la profesión de fe católica, la proclamación del principio de que la enseñanza total ha de darse con criterio católico y la demostración experimental de que la ciencia y la fe no están en contradicción, sino que mutuamente se ayudan y fomentan.

¿No es eso?

Además. Ha querido mostrárenos el gran florecimiento de los colegios de comunidades religiosas, cada día más concurridos, cada día poseedores de mayores elementos de enseñanza, cada día más ricos, más influyentes y mas poderosos...

¡Ah! Lo que ocurre con estos colegios, el escaso mérito de ellos, lo corriente y trivial de sus enseñanzas, inferiores á las cuales no se dan en cualquier taller de mecánica, de carpintería, de dibujo, de labores femeninas, etcétera, no podemos decirlo ahora... Esto no obsta á que reconozcamos el gran merecimiento de algu-

nos religiosos, que, como los salesianos, dan la provechosa limosna de la enseñanza, al establecerla gratuita para los pobres...

Recojamos aquí el fenómeno del gran florecimiento de los colegios de religiosos... Concedámosles que cada día son más concurridos, más ricos y dotados de mayores elementos de educación...

Y paralelamente á ese crecimiento yo les invito á que se sirvan meditar las estadísticas, horriblemente crecientes, de criminalidad, de prostitución, de a querosas abyecciones, de escepticismo, de materialismo... y las decrecientes de matrimonios, de natalidad, de producción literaria de al ura, de actos de abnegación... Por los frutos les conozeréis, enseñaba Jesucristo. Y á la luz de este criterio simplísimo del D. vino Maestro, yo tengo derecho á afirmar que en el orden de la catolicidad, son las comunidades religiosas por lo menos espantosamente estériles... El Congreso de Educación Católica, al querer convertirse en vanidosa ostentación del poder de las comunidades religiosas, ha sido la demostración más evidente de sus hondas lacras y de su absoluta carencia de apóstólica unión.

El gran contraste entre su predicación evangélica y su vida de mundo y de grandes industriales; la fanática substitución del sentillo y ejemplar franciscanismo por el enmarañado, tenebroso y disimulado jesuitismo..., ha inundado las almas de escepticismo y de volterianismo, ha extinguido el vigor de la fe y ha creado esta generación espiritualmente enteca y desvalida, la juventud presente, desmayada y desnutrida, sólo sensible á las voces del miedo personal y de las vanidades afeminadas.

Lo que en torno del Congreso de Educación Católica podríamos y habríamos de decir es abrumador...

Punto final.

JAIME TORRUBIANO RIPOLL

Heraldo de Madrid.

Enseñanzas olvidadas

Si en ciertas ideas se avanza, en otras se retrocede.

Al final del siglo XVIII se tuvo idea más justa que hoy del castigo que merecen los acaparadores y los que encarecen las subsistencias.

¿Pruebas? Allá van algunas:

«El 2 de Diciembre de 1793 el Tribunal revolucionario de Barr. (Bajo Rhin) condenaba al ciudadano Samuel Schayen á la pena de ocho años de reclusión, después de ser expuesto en público á la vergüenza por espacio de seis horas, por haber vendido en ocho francos una libra de plumón.

El 4 de Diciembre, el tabernero José Labrú y su yerno Francisco Ronel

fueron condenados, el primero á una multa de 6.000 libras, pagaderas en quince días, á estar preso mientras pagaba, y si no lo hacía á la deportación, previa confiscación de sus bienes en beneficio de la República, y el último á ser expuesto al público por espacio de cuatro horas con el siguiente letrero: «Envilecedor de la moneda racional y transgresor de la tasa». Se les impusieron estas penas por haber vendido el vino á mayor precio que el establecido por las ordenanzas.

En Slestad, el Tribunal revolucionario condenó al tendero Santiago Hatterer á 10.000 libras de multa por expender bacalao á precio superior á la tasa.

La misma pena sufrió la posadera Mann por haber cobrado tres francos por dos cuartillos de vino tint.

Los acaparadores eran castigados con rigor.

El 2 de Noviembre de 1793 comparó ante el tribunal de Strasburgo Domingo Domgelo, tendero en Moishen, acusado de haber vendido azúcar á un precio que excedía de la tasa. A petición del acusador público Schneider, el tendero fué condenado á ser expuesto en público durante cuatro horas, á la detención y á una multa de 100.000 libras.

El fabricante de cigarros Francisco Ignacio Chaumont, que vendió en 50 céntimos una onza de tabaco y con ello depreció los asignados, fué condenado á seis meses de prisión, dos horas de exposición y 3.000 libras de multa.

Con sólo aplicar esta antigüalla á acaparadores y vendedores, bajarían hoy en España las subsistencias.

J. N.

La fe te salve

Mi muy respetable abuela, vieja de muchos otoños, sufrió unas calenturas de carácter pernicioso. Era de lo más cristiano que conocí ni conozco; se rezaba cada día cien rosarios y respuestas, «Vete, me dijo, á la fuente de San Isidro glorioso, trae una botella de agua y verás que bien me pongo.» Cogió cogió la botella y me escapé presuroso; pero ¿lo que es ir yo al santo? ¡Como no fuera el demonio!... Donde me fui fué á jugar con los chicos del contorno, dando á mi pobre abuelita el *camelo* más piadoso. Pasadas un par de horas, en el atundante chorro de una fuente de la calle llené aquel casco dichoso. Curó mi abuela por fin, y con ademán devoto

á San Isidro rezaba un padrenuestro tras otro.

«¡Gracias al agua, decía, de ese santo laborioso! A su capilla esta tarde he de llevar un exvoto.»

¡Y apenas yo me refa al escuchar su propósito!

X.

Recuerdos de la feria de Sevilla

I

En las buñolerías:

—Ven acá, güen moso, que á esos jarmines que van contigo les gustan mucho los guñuelos. Entra y mércales media librita por tu salud.

—Vamos de prisa ahora.

—Pero si media librita se despacha en un minuto. Anda, salao, que te estoy conociendo en los ojijos que quies entrá.

—Suéltame, suéltame. A la vuelta entraremos.

—No seas asína, mentiroso. Y tú, reina er mundo, ven acá también y no le jagas señas pa que se vaya. Mía que la que prueba mis guñuelos se casa en el año.

—Si no nos queremos casar; si somos hermanos. Déjanos.

—¡Qué vais á sé, si se estáis comiendo con los ojos! Apaño eres tú, que la traes dislocá con ese bigotijo de hule.

—¡Ja, ja, ja, ja!...

—Míala como se ríe. ¿No es verdá, morena, que te gustan mucho los guñuelos?... No lo mires á é, que tiempo tienes; mírame á mí, que aunque fea no jago daño. Vaya, se acabó, pa dentro tós sinco.

—Luego, luego...

—Señora, no gruñá usté asína, que usté también ha sido joven y ha comío guñuelos con er novio. Y que ha tenío usté unos quince que quitaban las penas... Ea, no pensarlo más, que se vais á derretir los sesos. Tú, Catalina, ponles aquí media librita á este manojo é rosas y claveles con rabo y tó... Pero, mala puñalá me der; ¿echáis á juf? ¿Se vais sin probá mis guñuelos?

—Si; no queremos reventar hasta después de feria.

—Mía el otro, que paese er San Juan de la Palma después de la quemaura.

—Anda, déjalos di, Remedios, que hase un mes que no comen caliente y han críao jaramagos en la barriga.

—Tú, cara é catre; asujeta á ese baquero que yevas contigo, que se va arruiná comprándote guñuelos.

—¡Adiós, fieras!

—¡Adiós, Alfonso XIII!

II

En la feria de ganados:

—No, señó; es que ya se me ha picao á mí el amor propio, y vi yo á tené

una pena mu grande si usted no entra por el Arahá dándose tono con la jaca.

—Y me figuro yo la entrá, compadre; los barcones asín, las puertas asín, y tó er mundo con la boca abierta viendo ar señó en su jaca.

—Pos er señó no da por la jaca más que lo que ha dicho.

—Pero escuche usted: ¿es que quíe llevá la Giralda é Seviya por lo que vale er campanario del Arahá? Mire despacio la jaca.

—¿Usted ha visto bien trotá á la jaca?

—¿Usted ha reparao cómo rema la jaca?

—Sidoriyo, amóntate y já trotá á la jaca.

—Señó, si me sé de memoria á la jaca. Sobre que yo no voy á dí á toas partes en trote.

—Pero si er trote es lo peó que tiene, guasón.

—¡Como me lo apondera usted tantol...

—Pos cárclese usted cómo será er paso y er galope.

—¿Gueno; lo dicho, dicho: ¿hase?

—¿Ande va usted, señó? A nosotros no nos verga usted con comezias; porque si echa usted dos pasos más pa las casiyas é los juguetes, güerve usted y le peimos dos mil reales más por la jaca.

—Y se los da á usted er Sar de Rusia. ¿Hase ó no hase?

—Señó, vamos á discutirlo. No se vaya usted tan aprisa, que no hay fugo.

—Es que tergo yo mucho que crré toavía.

—Pos mar tiro me den; ¿tiene usted más que dirse amontao en la jaca, y corre usted más que er tranvía eléctrico?

—Gueno está; veo que no quién usted vendé... Con Dios, señores.

—Oye; Fernando, ¿lo dejamos dí?

—Sí, porque güerve. Lo ha fascinao la jaca.

III

En la casilla particular número 19:

—Diga usted, María Luisa: su reja de usted, ¿a qué calle dá?

—A la calle de *Sal si puedes*.

—Esa calle no existe; le han cambiado el nombre.

—No lo sabía. Todos los días se aprende alguna cosa.

—La reja de usted será de oro.

—Ay, no señor; la hubieran descubierto los monederos falsos.

—Pues si no lo es, merecía serlo.

—¿Por qué?

—Porque para que usted se asome.

—Si yo no me asomo á la reja.

—¿Nunca?

—Hombre, cuando pasan los títere, si me asomo.

—¿De modo que hace falta ser titiritero?

—Caba it... Y si no titiritero, algo que llame la atención.

—Entonces, mañana voy á pasar con un oso blanco.

—Los osos ya no llaman la atención;

¿no ve usted que los vezos todos los días?

—Sí, pero como pienso pasar de noche...

—Lo siento mucho, porque de noche no salgo yo á la reja. Les tengo mucho miedo á los ladrones.

—¿Y el sereno?

—El sereno no sé si se lo terdrá.

—María Luisa, dígame usted lo que voy á hablarle en serio.

¡Ah! ¿pero lo de antes ha sido broma?

—Tengo mucho que hablar con usted.

—Ya lo veo; no pierde usted ocasión de decirme algo...

—Es que ha de ser á solas.

—Si quiere usted que nos vayamos á la *Pasarela*...

Lo que es por arriba no pasan más que los goriones.

—¿Qué burlona es usted!

—¡Ay, por Dios, no ponga usted esos ojos tan tiernos, que te están riendo las niñas de Campesi!

—Que se ríen... Yo lo que quiero es que usted me oiga.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Pues que sea enhorabuena. Porque le estoy oyendo á usted desde las ocho y cuarto, y son las once.

—Tengo que decirle á usted tantas cosas... tanta...

—¿Sí? Pues deje usted que pasen estos días.

—¿Por qué?

—Porque no me fio de las conversaciones de feria.

S. Y J. ALVAREZ QUINTERO

Dejé de publicar hace tiempo, por falta de espacio, los nombres de los que celebraban actos civiles. Hoy hago una excepción para felicitar á unos vecinos de Adamuz que se han atrevido á realizar los siguientes:

Casamientos.—Juan Criado Rueda y Diego Peñas Jiménez.

Inscripciones civiles.—Juan Criado Rueda, cinco; Francisco Romera Pérez, cuatro; Diego Peñas Jiménez, dos; Francisco Reyes Gabilán, una.

Editorial Nakens

DECIMOCTAVA LISTA DE ACCIONISTAS

	Acciones
Suma anterior.....	484
Santos Pellitero, Posada....	1
Benito Atergo, Monforte...	1
Justo García, Idem.....	1
Antonio Pérez, Idem.....	1
Antonio González, Idem....	1
José Pérez Meira, Idem.....	1
A. G. H., Madrid.....	4
Suma y sigue.....	494

(Continuará.)

Yendo ciento pipa en su carroza, vió acercarse á un fraile franciscano en una mula.

—Para ponerle en un apuro se asomó á la ventanilla, y le dijo:

—Franciscus non equitabat (San Francisco no c balgaba).

—Neque Petrus carrozabat (Ni San Pedro iba en carroza). Le contestó el frailluco con la mayor frescura.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Ramón Martí, Valencia, 5 pesetas; Angel G. de Madrid, 10; Ramón Berde, Batizor, 1; Santos Pellitero, Posada, 4.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Alcira.—P. Aranda Martínez, abonada su suscripción á fin Marzo 1925.

Madrid.—Argüelles, id. á fin Marzo 1925.

Betancos.—Ramón Berde, id. á fin Diciembre 1924.

Posada.—Santos Pellitero, id. á fin Diciembre 1924.

Elda.—Esteban B. Rón, id. á fin Octubre 1924.

Santander.—Marino Gómez, id. á fin Julio 1924.

Ataca.—Blas Olivas, id. á fin Mayo 1925.

Soto del Barco.—Julio Valdés, id. á fin Diciembre 1924.

Villanueva.—Cecilio Parale, id. á fin Octubre 1924.

Gijón.—Félix López, recibido su giro de 4 pesetas, conforme.

Peñafiel.—Tomás Castiño, id. de 35, conforme.

Puerto de la Luz.—Vicente Padrón, id. de 112, conforme.

Puerto de Santa María.—José Muñoz, id. de 10, conforme.

Barcelona.—Miguel Maucá, id. de 12, conforme.

Cornellá.—Eduardo Pens, id. de 25, conforme.

Cheste.—Leorcio Guillén, id. de 15 á su cuenta.

Monforte.—José Pérez Meira, id. de 114, conforme.

Mungía.—Emilio Rodríguez, id. de 11,50, conforme.

Avilés.—José A. Fernández, id. de 12, conforme.

ALBUM PRIMERO

DE

CARICATURAS Y DIBUJOS

PUBLICADOS EN

"EL MOTÍN"

PRECIO: 7 PESETAS

Imp. Juan Pérez. — Paseo de Valdecilla, 2. — Madrid.